


**MANUEL
J. JÁUREGUI**

Ganó el morenismo con voto de Estado y trampas, y perdió México su rumbo democrático, su certeza jurídica y la independencia del Poder Judicial. ¡Vaya transformación!

Perdió México

Ganó el morenismo, pero perdió México. Las elecciones de ayer, con voto inducido, voto comprado, voto clonado, voto de Estado, todo lo que el INE de la Taddei permitió con una desfachatez olímpica, confirman que el 1 de junio ha sido un parteaguas: el día de ayer murió la independencia del Poder Judicial, mientras las transas del carro completo se repetían flagrantemente sin que autoridad alguna interviniera con la menor efectividad, con la resultante de que se impuso en México un sistema judicial sometido, retacado en cada instancia por candidatos que responden a algún grupo de presión oficialista. Nadie del grupúsculo del poder se quiso quedar fuera de la rebatinga: los maestros metieron sus acordeones, los sindicatos ídem, los Gobernadores por supuesto, y la Federación ni se diga.

Tras el ATRACO de ayer, imposible resulta entender cómo los oficialistas le pueden llamar a esta megaestafa “El triunfo de la democracia”. Ha sido el triunfo de la autocracia, del culto a un cacique con

claras tendencias nefariamente tiránicas. Como titiritero jalando hilos, el inquilino de “La Chingada” salió de su escondite para dejarse ver, recordándole a todo México quién es el autor de la burda transa que se vivió ayer.

No sólo hemos de lamentar que la independencia del Poder Judicial, que sirve de contrapeso precisamente a los caprichos de los dictadores, haya sido ayer ejecutada en las urnas por una bien urdida campaña de trampas y una flagrante intervención de autoridades en los tres niveles, sino que lo peor para nosotros es que, como sociedad, desunidos y desinteresados, hayamos permitido que una camarilla de despistados y resentidos nos haya impuesto su voluntad.

Lejos de avanzar hacia el Primer Mundo con decisiones inclusivas y progresistas, avanzamos hacia el Quinto Mundo estiercolado de las Venezuelas, las Cubas y las Nicaraguas. ¡Vaya transformación a la que nos están sometiendo! En lugar de una nación de ciudadanos dotados de la libertad universal

de emprender su bienestar, nos quieren tornar en un país de esclavos, atenidos los necesitados no a un trabajo digno, sino a las dádivas de un Gobierno paternalista que, a cambio, exige el sometimiento incondicional: yo te digo por quién votar si quieres seguir recibiendo tu quincena o despensa, o lo que sea. En este contexto, ¿cómo pueden los oficialistas tener la desfachatez de afirmar que el pueblo es libre y que el pueblo elige? ¡Si lo tienen sometido vía las dádivas!

Eso de los ACORDEONES oficiales indicativos de cómo votar para favorecer a la Cuarta Transacción, como secuela de lo que inició con una TÓMBOLA, nos convierte en el hazmerreír del mundo. A partir de lo sucedido ayer desaparecerá en México un ingrediente indispensable de la democracia: la certeza jurídica. Sin ella, ningún país avanza, crece o eleva el nivel de vida de sus ciudadanos. Menos México, que de por sí ya no gozaba de buena reputación tras el desastroso sexenio previo, plagado de caprichos, expropiaciones y todo tipo de escollos a la inversión privada, ello mientras



la pública se tiró en obras de capricho, vulgo pozos sin fondo.

Ha sido la de ayer, del morenismo y la 4T, una victoria pírrica, en la que ganando más poder pierden todas las ventajas que poseía nuestro México como destino de inversión. No les da el coco para comprender que solitos están limitando sus opciones futuras: entre más chica nuestra economía, menos recaudan, y así menos podrán cumplir sus compromisos materiales y el mantenimiento de un gasto corriente improductivo e insostenible.

Sí, en el corto plazo amasarán un gran poder, uno nunca visto desde el presidencialismo del viejo PRI, que es de donde emana la mayoría de los oficialistas.

Todo lo descrito nos viene por designio caprichoso de un cacique malévolo que, mediante embustes, engaños, simulación, traiciones y un costal de mañas a su disposición, adquirido durante su militancia en el PRI, ejerce un poder oculto al que se somete sin chistar –incluso– la Presidenta en turno, quien desde que tomó posesión no ha hecho por México nada más que cumplir la voluntad de un señor que, pasado a la historia como pésimo gobernante, no debería ameritar obediencia, y menos aún obediencia ciega.